

Conceptos clave y filosofía de la ciencia en geografía

Joan VILAGRASA IBARZ

Este artículo constituye un breve ensayo acerca de la historia reciente de la geografía. Intenta presentar la evolución de la disciplina como fruto, por una parte, de un posicionamiento epistemológico dual desde la perspectiva de la filosofía de la ciencia, y por otra, por la persistencia de unos conceptos-clave que la han definido permanentemente.

Se consideran aquí cuatro enfoques articuladores: el corográfico, el espacial, el ecológico y el paisajístico, a los que responderían los conceptos de región, distribución-localización, relaciones hombre-medio y paisaje. Se argumenta que cada perspectiva o enfoque geográfico lejos de rechazar los conceptos-clave correspondientes a otras opciones intenta resituarlos en su propio esquema metodológico, aunque esto sólo se consigue parcialmente en algunos casos.

Se concluye subrayando la vigencia actual de las cuatro opciones de examen de la realidad geográfica, articuladas entre ellas según dos grandes puntos de vista; uno, de adscripción a los puntos de vista naturalistas en la filosofía de las ciencias sociales, el otro a la perspectiva culturalista. En el primero primaría lo espacial que jerarquizaría, en torno del concepto de espacio y el objeto de análisis de distribuciones y localizaciones, los de región y de relaciones hombre-medio. El grueso de la segunda aproximación tendería a igualar los conceptos de paisaje, región y espacio, articulados, ellos, en torno a la perspectiva ecológica. Entre una opción y la otra puede, además, detectarse una perspectiva espacial diferenciada que durante los últimos quince años ha ido escorándose, progresivamente, hacia las posiciones de tipo culturalista.

Buena parte de la reflexión se centra en aportaciones procedentes del mundo anglosajón, y muy especialmente de los Estados Unidos. Se admite que una mayor atención a la evolución de las diversas escuelas nacionales podría variar algunas de las afirmaciones que se realizan (muy concretamente con la visión corográfica en la escuela francesa frente a la norteamericana). Se ha procedido de esta forma dado el convencimiento que la innovación del conocimiento geográfico con repercusiones escolares y epistemológicas de trascendencia a lo largo del siglo XX, y de forma clara en los últimos cuarenta años, ha procedido fundamentalmente de esta región del planeta, o, cuando no ha sido así, se ha reformulado e impulsado desde allí.

1. GEOGRAFÍAS

En 1965 Peter Haggett distinguía un tronco central de la disciplina geográfica y tres «desviaciones» de éste. El primero era el constituido por el estudio de la diferenciación de áreas; los segundos respondían a las aprehensiones ecológica, paisajística y locacional¹. Su presentación de las tradiciones geográficas no era ingenua. Recogía las concepciones de Richard Hartshorne sobre la disciplina —y con él, las de Alfred Hettner— y las presentaba como causa de un difícil diálogo entre tendencias. Proponía como alternativa un enfoque integrador apoyado en las aportaciones de las ciencias sociales y en la recuperación de la tradición geométrica de la disciplina. Se trataba de uno de los muchos embates que la *New Geography* lanzaba, por aquellos años, contra la geografía tradicional. Del conjunto de ciencias sociales nombraba, específicamente, a la demografía y a la economía regional —por entonces «ciencia regional»— ambas imbuidas del espíritu positivista y cuantitativo, y situaba a la geografía a su lado como una «ciencia de la distribución», que como las ciencias sociales más avanzadas utilizaba el método hipotético-deductivo, la formalización de modelos y su verificación estadística. Su enfoque «integrador» recogía, en sus límites, a la ecología humana, además de las disciplinas citadas.

Veinticinco años después cabe hablar, al menos si se atiende a la producción empírica, de una nueva aproximación central que es la que Haggett defendía entonces, la espacial o locacional, y en su entorno tres desviaciones, ahora la corográfica entre ellas. Por supuesto, al referirme a un enfoque locacional como actualmente dominante no me refiero, tan sólo, al programa defendido y

¹ P. Haggett (1965), *Análisis locacional en geografía humana*, Barcelona, Gustavo Gili, 1976.

desarrollado por Peter Haggett en su libro. Con los años, la cuantificación, ampliamente aceptada, valorada y utilizada, ha dejado de ser estandarte principal del geógrafo para convertirse en un instrumento útil y, para muchos temas, indispensable. Acerca del método científico, ha ocurrido algo similar, aunque la interrogación acerca de la demarcación entre ciencia y no ciencia en geografía ha dejado de preocupar, al menos en algunos ambientes profesionales² y, sobre todo, la geografía, como otras ciencias sociales, ha ampliado sus horizontes con nuevas perspectivas que van desde los análisis comportamentales a las perspectivas de relevancia y crítica social. En todo caso se afirma aquí la existencia, a partir de la revolución teórica, de un enfoque troncal dominante, el espacial, que se ocupa de la distribución de los fenómenos (humanos) en la superficie terrestre, y con un concepto clave articulador, el de distribución-localización.

Los tres enfoques restantes deben analizarse, como se ha hecho múltiples veces, desde su propia tradición, pero si se acepta la proposición inicial de una tradición central y tres más periféricas, también deben analizarse, cada una de ellas, en relación a su posición y a sus posibilidades reales de integración respecto de los supuestos locacionales. De hecho, volviendo al texto de Peter Haggett, se proponen como integrados y conexos al análisis espacial el objeto de estudio ecológico y el regional, aunque éste, diferente a su caracterización original, y alejado de él, el de tipo paisajístico.

2. HISTORIOGRAFÍAS

Desde la filosofía de la ciencia, la historia de las disciplinas sociales y humanas se ha descrito a partir de un enfoque dualista que distingue entre la aproximación naturalista (o positivista) y la culturalista (o historicista)³, siendo el primero un proyecto de ampliación del conocimiento que acepta la unidad del método científico y la existencia de un ideal metodológico basado en la, en cada momento, más desarrollada de las ciencias naturales, y el segundo aquel que reivindica la originalidad gnoseológica del estudio del hombre como ente cultural y social y difícilmente aprehensible desde la óptica positiva. Aceptando como punto de salida dicha distinción, se mantiene aquí que cada una de las

² J. Gómez Mendoza (1986), *Geografías del presente y del pasado. Un itinerario a través de la evolución reciente del pensamiento en geografía humana (1970-1985)*, en A. García Ballesteros, coord., *Teoría y práctica de la Geografía*, Madrid, Alhambra Universidad, págs. 6.

³ En geografía vid. H. Capel (1982), *Filosofía y ciencia en la Geografía contemporánea*, Barcelona, Barcanova; R. Grau y M. López (1984), «Para un esquema histórico del pensamiento geográfico», *Revista de Geografía*, XVIII, págs. 19-29.

tradiciones, definiciones y conceptos-clave de la geografía han mantenido y mantienen formas de aproximación al conocimiento diversas en su seno, en relación, ello, a la ubicación de la tradición central dentro de una de las dos opciones epistemológicas, y de las relaciones y posición que establecen las restantes respecto a ella.

Durante años, el espacio y la localización, como conceptos clave de la geografía se han considerado, y aún hay buenas razones para continuar considerándolo, como eje central de la aproximación naturalista. Ello es así en el texto de Peter Haggett y lo ha sido con todo el movimiento conceptual de la «New Geography», pero la distribución de fenómenos en el espacio, aunque una «desviación» era también, anteriormente a la revolución, parte esencial de la geografía. Hettner señaló perfectamente el lugar del espacio en la perspectiva corográfica. Lo acepta como definición: la geografía es *una* ciencia del espacio⁴, aunque como caracterización incompleta del quehacer disciplinar. El espacio es un continente al que le añade un contenido: el estudio de la diferenciación de áreas de la superficie terrestre. Continúa Hettner abordando tres cuestiones clave: las relaciones entre naturaleza y ser humano y la concepción espacial y la paisajística. Cada una de ellas es legítima aunque parcial para la comprensión de las regiones. En lo referente al espacio, rechaza la perspectiva de Friedrich Ratzel que enfatizó sus propiedades genuinas (abstractas) —longitud, distancia, forma y tamaño— y las relaciones que entre ellas pueden establecerse en favor de una caractereología objetual, que da sentido a la región. Concluye, finalmente, que el enfoque corológico depende de una integración, a las diferentes escalas regionales, de las relaciones hombre-medio y de las relaciones espaciales. El planteamiento de Hettner desde el punto de vista de la filosofía de la ciencia se alinea, como es sabido, junto a la historia, como disciplina especial, alejada del método científico naturalista. De ahí que la defensa de la posición corográfica desvirtuase las posibilidades de análisis causal de la aproximación espacial.

Algo similar ocurrió con lo que hoy llamamos perspectiva ecológica. Normalmente se ha apuntado hacia el objetivo de defensa de la unidad de la geografía la posición de Hettner de considerar de forma igualitaria el papel de la naturaleza y del hombre en la caracterización de las regiones. Las relaciones entre el medio y el hombre, derivadas de esta teorización y de la adscripción antipositivista destruían, a su vez, los vínculos causales tan queridos por los geógrafos ambientalistas, asignando a la peculiaridad de cada lugar el papel comprensivo de cómo se articulaban las relaciones entre las dos partes.

⁴ A. Hettner (1927), «La naturaleza y los cometidos de la Geografía», *Geo-crítica*, 70, 1987, pág. 39.

De forma muy diferente trata a aquellos que definen la geografía como ciencia del paisaje. Aquí Hettner opera distinguiendo lo que es la teoría de lo que es la práctica geográfica de Schlüter y Brunhes. Según él, la definición dada por el alemán es parcial al centrarse, excesivamente, en los aspectos visibles materiales de la superficie terrestre, aunque en realidad, «lo espiritual» entre de nuevo, en los trabajos de ambos autores «por la puerta falsa», preguntándose, al fin, si realmente existen diferencias entre lo que unos y otros defienden. Realmente no había diferencias si de caracterizar áreas específicas de la superficie terrestre se trataba.

En resumen, en los presupuestos corográficos de Hettner, y de algún modo, en el conjunto de la geografía regionalista de la primera mitad de siglo, aunque con diferencias importantes según escuelas nacionales y según aproximaciones personales, la adscripción culturalista desde la filosofía de la ciencia, que abonaba el puesto central para la perspectiva corográfica, suponía una integración historicista de los conceptos espacio-localización-distribución y del entendimiento de las relaciones hombre-medio; siendo el tema del paisaje perfectamente asimilable, y con escasas diferencias de tipo práctico, a la aproximación regional.

Si en lugar del texto de Alfred Hettner se hubiesen tomado otros autores coetáneos como punto de referencia y de análisis textual, aunque con consideraciones quizás similares en lo general, el discurso hubiera variado en el detalle. El análisis de Vidal de la Blache, y aún más el de otros autores de la escuela francesa, hubiera puesto mucho más de relieve la perspectiva ecológica dentro del cosmos regional; con Sauer, esta última junto a la paisajística. La razón de haber escogido el trabajo de Hettner es su trascendencia hacia la geografía norteamericana previa a la revolución teórica, al ser, sus argumentos, los recogidos y desarrollados por Hartshorne, y al ser, el trabajo de este último, el principal objeto de crítica teórica posterior que fundamentó la alternativa locacional⁵.

De hecho, si se repasan los artículos de geografía humana aparecidos desde los últimos años treinta hasta los primeros cincuenta en la revista *Annals of the Association of American Geographers* la impresión es que lo espacial-locacional tenía ya, por aquel entonces, más importancia en la práctica que lo que se le había asignado en la reflexión conceptual. La tradición antihistórica y la fijación en trabajos de tipo actualista de la geografía norteamericana ya la había señalado C. Sauer aludiendo, precisamente, al trabajo teórico de Hartshorne⁶. Más recién-

⁵ R. Hartshorne (1939), *The nature of geography: a critical survey of current thought in the light of the past*, Lancaster, Penn., Association of American Geographers.

⁶ C. O. Sauer (1941), *Introducción a la geografía histórica*, en P. H. Randle, ed., *Teoría de la Geografía*, Buenos Aires, GAEA y OIKOS, 1984, vol. I, pág. 238.

temente, y en este mismo sentido, se ha afirmado que fueron aquellos que aceptaron inicialmente los presupuestos de Hartshorne, a pesar del excepcionalismo de su obra, los que derivaron hacia posiciones cuantitativas y teóricas en su producción⁷. Si la revolución teórica ha sido interpretada, correctamente, como una ruptura epistemológica fundamental respecto a la geografía anterior cabe también, desde lo dicho, aceptarla como adaptación a una práctica de creciente producción geográfica de tipo espacial-locacional, y por lo tanto a un ajuste epistemológico.

La redefinición y reubicación jerárquica de conceptos-clave a partir de los años cincuenta en Estados Unidos procede de forma similar a la anteriormente descrita para la geografía según la concebía Hettner, aunque con resultados radicalmente inversos. Tomemos como punto de partida un trabajo aún encuadrable en el excepcionalismo, o de transición, el de Dickinson, y otro ya en los inicios revolucionarios, el de Ackerman⁸. Ambos de los años de postguerra, permiten aproximarse a la práctica geográfica regional del momento y ligarla al otro de las nuevas ideas. Del primero se han destacado dos aportaciones que rompen con los postulados corológicos tradicionales. La primera, el cuestionamiento de la homogeneidad regional en favor de un análisis que prima la medida de las intensidades, alcances e interrelaciones funcionales en una región y entre regiones; la segunda, el énfasis locacional que suponía poner como objeto de conocimiento prioritario el de la estructura espacial de la sociedad. Una y otra le permitieron llegar al concepto de ciudad-región⁹. Por su parte, Ackerman inicia su artículo interrogándose sobre la validez del trabajo geográfico regional. Según él, ésta debe demostrarse en conceptos operativos útiles al conocimiento científico y práctico. Su alternativa se ubica en la dimensión espacial de descripción de las relaciones areales de los fenómenos geográficos y en la dimensión temporal *hacia el futuro*, como contribución al planeamiento regional. A partir de aquí destaca como aspectos conceptuales clave que «no hay sólo regiones sino que también existe una jerarquía de regiones»; que frente al estudio de la región como totalidad se debe «desarrollar nuestro conocimiento de rasgos clave»; que dada la singularidad de todas las regiones debería enfatizarse en uno o pocos

⁷ M. Williams (1983), «“The apple of my eye”: Carl Sauer and Historical Geography», *Journal of Historical Geography*, IX (1), 1-28.

⁸ R. E. Dickinson (1947), *Ciudad, región y regionalismo*, Barcelona, Omega, 1961; E. Ackerman (1952), *Investigación regional: conceptos y técnicas*, en P. H. Randle, ed., *op. cit.*, nota 6, págs. 221-35.

⁹ D. Gregory (1981), *Region*, en R. J. Johnston, ed., *The dictionary of Human Geography*, Oxford, Basil Blackwell, págs. 284-5.

aspectos definitorios de la región y, finalmente, que debería profundizarse en el concepto de región nodal, de «núcleo regional y de zonas límites anchas» sin encuadrar en fronteras estrictas los fenómenos de distribución.

Dado el ambiente profesional anteriormente descrito, que incluye una concepción funcional de la región por el propio Hartshorne¹⁰, no puede extrañar la conocida afirmación de Fred Schaefer, un año después de publicarse el trabajo de Ackerman, que asigna a la región el papel de laboratorio de conceptos desarrollados en geografía sistemática¹¹. Las implicaciones de esta consideración son también conocidas. En primer lugar, la supeditación de la geografía regional a la de tipo sistemático, encargada de la elaboración conceptual a aplicar o comprobar en áreas específicas; en segundo lugar y como consecuencia de lo anterior, la desaparición de la concepción holística del estudio corográfico en favor de una caracterización temática de la región, en la que una variable o un grupo seleccionado de variables desarrollaba la construcción areal. Una decena de años después, Brian J. L. Berry consagraría esta opción como papel fundamental del análisis regional¹².

A pesar de haberse destacado aquí puntos de similitud entre los trabajos de Dickinson y Ackerman referentes a una nueva concepción de región, interesa también resaltar una diferencia fundamental que introduce al campo de la perspectiva ecológica y su posición en los inicios de la «New Geography». Se trata del papel asignado a los aspectos físicos en la construcción regional. Mientras Dickinson rompe con la geografía física y con el papel del medio ambiente al igual que lo había hecho Hartshorne anteriormente y, según Sauer, el conjunto de la geografía norteamericana de entreguerras, cosa que la diferencia de las opiniones de Hettner al respecto¹³, Ackerman mantiene una posición mucho más matizada, quizás alentada por su trabajo docente e investigador en Chicago. En su artículo mantiene continuas referencias a aspectos ambientales y «fuerzas físicas» junto a las sociales, aunque no duda en ubicar el foco del interés regional en «la comunidad de rasgos que retratan la ocupación humana del área». Aquí, Ackerman discrimina entre la posición tradicional geográfica —de Hettner— acerca de una relación equilibrada entre geografía física y geografía humana en el estudio regional y una posición nueva, aunque con importantes precedentes —sig-

¹⁰ R. Hartshorne (1939), *op. cit.*, nota 5, especialmente páginas 440 y siguientes.

¹¹ F. K. Schaefer (1953), *Excepcionalismo en Geografía*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1971, pág. 20.

¹² B. J. L. Berry (1964), *Los enfoques del análisis regional: una síntesis*, en M.^ª D. García Ramón, *Teoría y método en la geografía humana anglosajona*, Barcelona, Ariel, 1985, págs. 79-94.

¹³ D. Gregory, *op. cit.*, nota 9, pág. 285; C. O. Sauer (1941), *op. cit.*, nota 6, págs. 238-9.

nificativamente Harlow H. Barrows—en la que el medio físico importa en lo que afecta al hombre y a la sociedad.

Si se atiende al artículo de Schaefer, pocas referencias se encuentran al enfoque ecológico y al tema de las relaciones hombre-medio. Básicamente, una valoración positiva del enfoque de Ratzel acerca de las influencias del medio físico sobre la estructura social, considerado como un proyecto de trabajo legítimo, ligado al determinismo científico. De hecho, el enfoque ambiental no aparece, o aparece muy débilmente, hasta los años sesenta dentro de las perspectivas teóricas. La reubicación de la tradición ecológica bajo la hégira espacial se consigue desde dos innovaciones de impacto en la geografía del séptimo decenio. La primera, la adopción del análisis sistémico; la segunda, la inclusión del análisis comportamental. Ackerman, en 1963, presentando las conveniencias de la aproximación sistémica, define a la disciplina como el estudio del «sistema planetario terrestre hombre-medio natural»¹⁴. Haggett incluye muy débilmente en su *Análisis Locacional...*, aspectos ecológicos en su introducción y fundamentación de la nueva disciplina aunque más tardíamente no duda en organizar el conocimiento geográfico como el estudio de dos grandes sistemas y sus interacciones, el ambiental y el espacial¹⁵. Como se ha señalado, la aplicación del concepto de ecosistema amplió la redefinición de los problemas clave de la geografía contemporánea, situando el tema ambiental al lado del espacial en la caracterización nueva de la geografía.

Si los enfoques regional y ecológico, mediante redefiniciones de sus conceptos-clave y, sobre todo, adopciones de perspectivas disciplinares inicialmente externas a la geografía —las que ponen de relieve la ciencia regional, la ecología o la psicología behaviourista— y de formas nuevas de la organización del conocimiento —la teoría de sistemas— fueron perfectamente integradas en el nuevo enfoque espacial, la otra tendencia presente en la tradición geográfica, la paisajística, fue de difícil integración en el nuevo marco conceptual. Ello fue así, al menos en parte, debido a la propia evolución interna de la tradición escolar que nos ocupa. Para entenderlo parece pertinente volver a la crítica de Alfred Hettner a la geografía del paisaje.

Según él, ésta operaba con un reduccionismo que la invalidaba, la exclusión de «lo espiritual», de aquello que no era materialmente visible en la superficie terrestre, aunque afirmaba que había poca diferencia en la práctica con el trabajo corográfico, puesto que lo inmaterial también era considerado en los trabajos

¹⁴ E. Ackerman (1963), «Las fronteras de la investigación geográfica», *Geo-crítica*, 3, 1976, pág. 17.

¹⁵ P. Haggett (1979), *Geografía: una síntesis moderna*, Barcelona, Omega, 1987.

empíricos de tipo paisajístico. En realidad ésta no era la diferencia fundamental, ni tan siquiera era una diferencia, dado que el simple fijamiento en las formas del paisaje, sin más, habría conducido a una morfografía de nulo carácter comprensivo. Tanto en Schlüter como en Brunhes aparece ya de forma clara una idea central, el papel del hombre en la transformación de los paisajes —en Schlüter, en su propia definición de paisaje cultural, en Brunhes en su principio de «actividad»¹⁶, que es, sino inexistente, relegada a un segundo plano en la concepción corológica. Quien mejor abordó las implicaciones de esta idea central articuladora del tema paisajístico fue Carl O. Sauer, quien, a su vez, marcó distancias con la geografía que en su tiempo se practicaba en los Estados Unidos. En su texto teórico fundamental Sauer señala tres caracterizaciones de lo que él cree que debe ser la geografía y que se encuadran perfectamente en la idea central de estudio del hombre como agente transformador de los paisajes¹⁷: 1) la geografía es una fenomenología del paisaje, y consecuentemente, el hombre aparece en el centro de la reflexión geográfica; de hecho no hay otra geografía que la del hombre; 2) la geografía es una ciencia de procesos, y muy específicamente de la sucesión de culturas a lo largo de la historia en un área o región; de ahí su conocida caracterización de los seres humanos y las culturas como agentes morfológicos (tomada de Schlüter); 3) la geografía debería formar parte de una futura ciencia del hombre unificada de carácter básicamente histórico y antropológico. Estas tres características separan radicalmente la concepción paisajística de la específicamente corológica, al menos tal como fue definida por Hettner y Hartshorne. Frente a una geografía del hombre, Hettner establece una disciplina que se mueve entre las ciencias naturales y las sociales, «no es ni ciencia de la naturaleza ni ciencia del espíritu (...) sino ambas cosas a la vez». Frente a una ciencia de procesos, ambos consideran que la idea de tiempo y de cambio es útil a la geografía pero está aún necesitando «de una concepción genética, no puede convertirse en historia». Frente a una disciplina genética del hombre, los dos autores opusieron el esquema kantiano de disciplinas, que aunque similares en la forma de organización del conocimiento, se encontraban separadas en torno a los ejes temporal y espacial, en las que «la geografía es una ciencia del espacio, del mismo modo que la historia es una ciencia del tiempo»¹⁸. Las dos últimas características —el carácter auxiliar del estudio genético y la escasa voluntad

¹⁶ Vid. H. Capel (1982), *op. cit.*, nota 3, pág. 347 para Schlüter y J. Brunhes (1948), *Geografía Humana*, Barcelona, Juventud, págs. 14 a 18.

¹⁷ C. O. Sauer (1925), *The morphology of landscape*, en J. Leighly, ed., *Land and life. A selection of the writings of Carl Ortwin Sauer*, Berkeley, California University Press, 1963, págs. 351-79.

¹⁸ Las citas son de A. Hettner, *op. cit.*, nota 4, págs. 40, 46 y 39.

integradora respecto de las disciplinas históricas— marcan, sin duda, las dificultades de comunicación entre el tema paisajístico y el corológico en la época de entreguerras y, también, las imposibilidades de redefinición de los conceptos-clave del primero una vez la temática espacial se ubicase como central en la disciplina.

Efectivamente, una aproximación centrada en los procesos culturales era de difícil inserción en los postulados teoréticos. Inicialmente, el carácter ahistórico de la disciplina fue enfatizado por Schaefer en su afirmación de que las «leyes estrictamente geográficas no contienen referencias ni al tiempo ni al cambio»¹⁹. Posteriormente, David Harvey, aún mostrando una voluntad de integración de las perspectivas genéticas dentro de la geografía teorética, señalaba las contradicciones epistemológicas y los problemas metodológicos derivados de la pretensión de una explicación científica de los aspectos históricos²⁰. De hecho, el tema paisajístico se convirtió en la versión no naturalista más relevante de la geografía, en coexistencia, como rama menor pero sin integrarse en ella, de la geografía teorética, una vez prácticamente desaparecida la posición corográfica. Junto a la aproximación paisajística deben incluirse el conjunto de temáticas de la geografía cultural saueriana —no todas ellas de matiz central paisajístico— y el grueso de la geografía histórica, con dificultades similares de reubicación en la disciplina. Una y otra han jugado y aún están jugando un papel relevante en el que parece ser nuevo cuadro epistemológico actual.

3. «DECONSTRUCCIONES»

Esta palabra, que no existe en el diccionario, se ha convertido en harto habitual en muchos textos de reflexión intelectual contemporáneos. El significado central que se le atribuye es el de desmontar el edificio conceptual sobre el cual se apoya el pensamiento moderno. Es inherente a la condición postmoderna y, entre aquellos que lo utilizan, pocos puntos en común los caracterizan. Uno interesa resaltar aquí, la huida de los sistemas de pensamiento totales o totalizadores, que según la experiencia histórica se han demostrado poco útiles a la comprensión de los problemas socioculturales más diversos. Creo que desde los primeros años setenta la «deconstrucción» ha sido un intento repetido en la geografía. La característica común ha sido el rechazo del edificio teorético y

¹⁹ F. Schaefer, *op. cit.*, nota 11, pág. 34.

²⁰ D. Harvey (1969), *Teorías, leyes y modelos en geografía*, Madrid, Alianza ed., 1985, especialmente capítulo 21.

cuantitativo y, también, intentos de reconstrucciones más o menos solventes del armazón conceptual geográfico. En la reconstrucción se ha procedido de dos formas distintas aunque a veces utilizadas conjuntamente. Por una parte, la revisión historiográfica de la disciplina, redefiniendo temas-clave; por otra, la asimilación de conceptos y teorías procedentes de otras ciencias sociales. Aunque las clasificaciones en este terreno sean peligrosas se distinguirá aquí entre tres grandes corrientes: la marxista, la cronogeográfica y la humanista.

Del conjunto de geografías radicales que surgieron en los inicios del decenio de los setenta, las perspectivas marxistas se fueron decantando, desde un principio, como mayoritarias. Se trataba de aproximarse desde la geografía a la teoría social y, concretamente, ensayar una espacialización de la teoría marxista. La evolución seguida desde los primeros años setenta permite delimitar, como inicio de una geografía marxista y aún como base aún persistente, las corrientes de tipo estructuralista, que especialmente llegan a los geógrafos desde la sociología urbana francesa. Ello permitiría caracterizar, al menos al grueso de las geografías marxistas, como voluntariamente analíticas de las estructuras espaciales en relación a las formas de acumulación del capital y de la plasmación de las relaciones sociales de producción y de reproducción. Lo que interesa resaltar aquí y ahora es la ubicación espacial de tal geografía. Ello es claro si se analizan las aportaciones fundamentales de David Harvey al menos hasta 1985. En su *Social justice...*, abarca dos temáticas espaciales fundamentales desde los presupuestos marxistas: la teoría de la renta y la circulación de plusvalor²¹. Más tarde se centrará, y ésta es una apreciación subjetiva acerca de su principal contribución, en el tema apuntado ya en su primer trabajo marxista acerca de los circuitos de circulación de capital y su impacto en la estructuración del espacio. En 1985 publica dos libros de enfoque muy diferente. En uno, reproduciendo mayoritariamente trabajos publicados anteriormente, realiza una síntesis de su trabajo desde los primeros años setenta. En el otro, en cambio, apunta una aproximación que sustituye grandes dosis de política económica por teoría social e historia de la lucha de clases y, en parte, estructuraciones espaciales por aprehensiones simbólicas y paisajísticas²². Esta reubicación temática en David Harvey, y con él en otros geógrafos marxistas, se comentará someramente más adelante.

La historia y progresos en el problema de la espacialización de la teoría social y, concretamente, de los postulados marxistas ha sido abordada ampliamente por

²¹ D. Harvey (1973), *Urbanismo y desigualdad social*, Madrid, Siglo XXI, capítulos 5 y 6.

²² *The urbanization of capital*, Oxford, Basil Blackwell, 1985. *Consciousness and the urban experience*, Oxford, Basil Blackwell, 1985.

Edward W. Soja²³. Este autor parte de una crítica a la dimensión a-espacial de la teoría social, incluida la de carácter crítico, de las contribuciones principales que han considerado el espacio en su análisis (Foucault, Lefebvre, las sociologías y geografías urbanas marxistas, más recientemente Giddens) para exponer su tesis principal: la existencia de una «dialéctica socioespacial», posible articuladora conceptual de una teoría crítica. Ello significaría que las relaciones de producción son simultáneamente sociales (quizás cabría especificar, históricas) y espaciales. Apunta así, junto a la dimensión clásica vertical (histórica) de los modos de producción, una dimensión horizontal. La consecuencia inmediata sería el negar una unidireccionalidad desde la sociedad hacia el espacio (la idea de espacio *como* producto social) para afirmar un sistema de mutuas influencias en la especificación de las múltiples formas de dominación del capitalismo.

Recapitulando, la propuesta primera de los geógrafos marxistas, ilustrada por el primer Harvey marxista, reside en la consideración del espacio como un reflejo de la sociedad, y su proyecto en la construcción de una teoría social marxista del análisis espacial. La propuesta de Soja afirma el papel del espacio como contexto de la sociedad, y su proyecto abonaría el incluir el espacio como variable fundamental de la teoría social crítica. A los efectos que aquí interesan, la posición de Soja revierte en una consideración de cada espacio como un elemento único, al igual que cada momento histórico, en el que se reflejarían unas relaciones socioespaciales, o históricoespaciales de producción. Si esta interpretación es correcta, nos encontraríamos con un desplazamiento hacia la posición epistemológica culturalista en el concepto de espacio. La única objeción residiría en la posibilidad de que el autor defendiera el carácter totalizador y universal de la explicación marxista, situándose en la tradición más positivista de éste. Pero de entre la dualidad de tradiciones de enfoque marxista, la «científica» y la «humanista»²⁴, Soja parece adscribirse a la última, al menos si se toma en cuenta, además de su concepción «dialéctica», a aquellos autores que lo han inspirado directamente en la formulación de la dialéctica socioespacial: Antonio Gramsci y Henri Lefebvre.

Una de las evoluciones conceptuales más interesantes en la historia reciente de la geografía es aquella que va desde las teorías de la difusión de fenómenos geográficos en el espacio hasta el estudio de los lugares en su acepción socio-

²³ E. W. Soja (1989), *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*, Londres, Verso.

²⁴ La diferenciación, con uno u otro adjetivo, es muy frecuente en diversos autores; sigue siendo, en este sentido altamente clarificador el texto de M. Sacristán (1964), *La tarea de Engels en el «Anti-Düring»*, en *Sobre Marx y el marxismo. Panfletos y materiales I*, Barcelona, Icaria, 1983, págs. 24-51.

histórica y socioespacial. El punto de partida se encuentra en las consideraciones que acerca de las personas, y del débil tratamiento de éstas en geografía, realizó Torsten Hägerstrand en los primeros años setenta²⁵. Partía este autor de considerar dos deficiencias de la geografía de carácter locacional: la primera, su débil inclusión de la dimensión temporal; la segunda, la consideración estática del hombre en la tradición geográfica frente a una realidad esencialmente móvil de las personas. A ello le añadía el interés del estudio geográfico del hombre como individuo, con constricciones culturales, políticas, temporales que definían su capacidad de movimiento. La propuesta que definían su capacidad de movimiento. La propuesta por él desarrollada, y por otros autores —significativamente Allan Pred— abocaba en un modelo espacial de la actividad humana en el tiempo con posibilidades de aplicación a periodos cortos —la vida cotidiana— o frecuencias históricas de plazo largo. La aportación, inicialmente hecha desde la ortodoxia locacional abocó, en pocos años, en un posicionamiento diferente respecto a la caracterización del espacio.

Una reflexión casi coetánea, ahora desde la perspectiva crítica era la realizada por Derek Gregory. Su posicionamiento partía del análisis de las incompatibilidades epistemológicas de los diferentes enfoques críticos —el estructural, el «reflexivo» y el «comprometido»— y de la voluntad de encontrar puentes útiles entre ellos²⁶. Su propuesta posterior se centraba en la consideración, por parte de los geógrafos, de las aportaciones del sociólogo Anthony Giddens en relación a su teoría de la «estructuración» y de las relaciones existentes entre contingencia y acción humanas y sistemas sociales²⁷. Simplificando la tesis central era que las estructuras sociales marcaban las reglas en las que la acción del hombre se desarrollaba, aunque dicha acción individual o colectiva había sido capaz, a lo largo de la historia, de cambiar la organización y el orden social. Su enfoque histórico abocaba en el estudio prioritario de las relaciones y contradicciones entre unas y otras. La forma de realizarlo no podía ser otra que la ubicación temporal y espacial precisa de la actividad humana y su potencialidad de cambio. Giddens asigna al concepto «regionalización» (a veces

²⁵ «What about people in Regional Science?», *Papers and Proceedings of the Regional Science Association* (1970), 24, págs. 7-21; *El terreno propio de la geografía humana*, en R. J. Chorley, ed. (1973), *Nuevas tendencias en geografía*, Madrid, I.E.A.L., págs. 103-35.

²⁶ D. Gregory (1978), *Ideología, ciencia y geografía humana*, Barcelona, Oikos Tau, 1984.

²⁷ D. Gregory (1981), *Human agency and human geography*, *Transactions. Institute of British Geographers*, N. S. VI (1), págs. 1-16; D. Gregory (1982), *Action and structure in historical geography*, en A. R. H. Baker; M. Billinge, eds., *Period and place: research methods in historical geography*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, págs. 244-50; A. Giddens (1979), *Central problems in social theory*, Londres, MacMillan.

utiliza el término «lo local») un papel interesante en su teoría de la estructuración. Según él, basándose en unas relaciones a la vez «autónomas y de dependencia entre sociedades y naciones-estado» y en la asunción de un «desarrollo desigual de diferentes sectores o regiones del sistema social», las relaciones entre actores y sociedad en su conjunto pueden analizarse a partir de una idea de diferenciación territorial que permite una ubicación precisa del tiempo y del espacio, y la comprensión de los procesos de cambio. En el espacio concreto, en la «región», se plasmaría «el cara a cara de la interacción» entre actividad humana y estructura social²⁸.

Con diferencias de matiz, y a lo que aquí interesa, puede perfectamente hablarse de un posicionamiento común entre los practicantes tardíos de la cronogeografía hägerstriana y los seguidores de las teorías de la estructuración (y en este mismo sentido, con las posiciones defendidas por Soja). Este se plasmaría en la individualidad de los procesos acaecidos en un espacio y en un momento histórico dado. Se trata de un planteamiento, por otra parte, perfectamente asimilable a la posición frankfurtiana según la cual la teoría (social) no proporciona instrumentos de validación o falsación científica, si no marcos explicativos de objetos de estudio, siendo el análisis empírico una «relación entre lo general y lo particular en su concreción histórica»²⁹, y añadiríamos aquí espacial. De aquí que el concepto «lugar», inicialmente ubicado en otras tendencias geográficas sea recurrentemente utilizado por muchos de los autores encuadrables en la posición ahora explicada. Una última puntualización, que ayuda a desmarcar la nueva posición espacial de planteamientos excepcionalistas más clásicos, es la aceptación de unos lugares que, aunque únicos en su caracterización histórico-espacial, necesitan para poder comprenderse en su complejidad de un estudio relacional respecto las otras áreas de la superficie terrestre. Aquí, conceptos muy habituales en la geografía como el de jerarquía, y otros importados de la teoría social crítica como los de desarrollo desigual y dependiente o relaciones centro-periferia, junto a denominaciones nuevas formuladas por Giddens, se establecen como claves de la contextualización interdependiente del territorio.

La otra gran corriente crítica que va desarrollándose con fuerza desde los primeros años setenta debería encuadrarse en la respuesta humanística a la concepción teórica de la geografía. Si en los casos anteriores, el esfuerzo se ha

²⁸ A. Giddens (1979), *Central...*, *op. cit.*, nota 27, especialmente pág. 225 y siguientes; también, *Time, space and regionalization*, en D. Gregory; J. Urry, eds. (1985), *Social relations and spatial structures*, Londres, MacMillan, 265-95.

²⁹ J. Habermas (1969), *Teoría analítica de la ciencia y dialéctica*, en Th. W. Adorno et al., *La disputa del positivismo en la sociología alemana*, Barcelona, Grijalbo, 1973, pág. 155.

dirigido hacia la integración entre las aportaciones de la teoría social y la tradición geográfica, en este caso, la recuperación de la última ha sido mucho más relevante que la permeabilidad respecto las otras disciplinas sociales. Un texto temprano, poco conocido aunque de argumentación brillante, del geógrafo canadiense Cole Harris puede servir para ilustrar lo que se dice³⁰. Su intención es la defensa de la posición «sintética» (de disciplina de síntesis) de la geografía, frente a la perspectiva analítica. Su contenido parte de una afirmación largamente conocida en la historia del pensamiento geográfico, el papel de disciplinas especiales que mantienen la historia y la geografía respecto las otras ciencias y su peculiaridad en la organización del conocimiento. Dicha afirmación se argumenta a partir de seis apreciaciones concatenadas:

En primer lugar, la aceptación de que tiempo y espacio son dimensiones perfectamente integradas en las ciencias sistemáticas. En segundo lugar, y como consecuencia primera, la realidad de una aproximación analítica de la geografía que, según el autor, potencia la disolución de la disciplina y de su identidad. Al respecto, reflexiona acerca de la importancia que otros científicos sociales y naturales han tenido en la formulación de una buena parte de los conceptos relevantes del análisis espacial. En tercer lugar, el imperativo de aprender de la historia en su tratamiento de la variable temporal. Aduce Harris que si bien el tiempo es un concepto fundamental en historia, este siempre ha estado concebido en su relación al hombre y al cambio cultural o social y una posición similar debería adoptarse por parte de la geografía respecto del espacio. En cuarto lugar, la caracterización, consecuente con el anterior postulado, del interés de la historia y de la geografía en fenómenos difícilmente generalizables, que son cambiantes en el tiempo y el espacio y tan sólo globalizables en su excepcionalidad. En quinto lugar, el papel que debe asignarse a historiadores y geógrafos es el de creación de «memoria colectiva» interpretando al hombre y a la sociedad en relación a su pasado y en relación a su medio. Finalmente, la relevancia de estos profesionales humanistas residiría en repensar continuamente el pasado y el medio en relación a los problemas, formas de vida y concepciones culturales actuales.

Los cuatro argumentos iniciales son bien conocidos dentro de la tradición excepcionalista de la disciplina. La novedad, también relativa, pero central en la nueva posición, residiría, por una parte, en el énfasis de unión con la historia,

³⁰ R. C. Harris (1971), «Theory and synthesis in historical geography», *Canadian Geographer*, 15, págs. 157-72; algunos planteamientos están también desarrollados en *The historical mind and the practice of geography*, en D. Ley, M. S. Samuels, eds. (1978), *Humanistic Geography. Prospects and problems*, Londres, Croom Helm, 123-37.

superándose anacrónicas posiciones separatistas y sectarias de la tradición geográfica, y la formulación de los dos últimos argumentos: las humanidades tienen como objeto crear —o hacer aflorar— una memoria colectiva entre los humanos, y los humanistas deben interpretar los problemas culturales en la clave actualista, estableciendo un vínculo de interpretación entre lo que hoy es relevante y lo que sucedió ayer. Se ha tendido a situar la posición de Harris entre la aproximación idealista en geografía aunque las tesis resaltadas aquí puedan hacerse extensivas a las perspectivas fenomenológicas y existencialistas.

Por otra parte, la diferenciación fundamental que puede apreciarse respecto de la geografía tradicional es la inclusión del estudio de la percepción, o de las ideas humanas, en la correcta comprensión de regiones, paisajes y relaciones entre el hombre y su medio. Este punto de vista no es nuevo y, sí por ejemplo se toma en cuenta la definición saueriana de la geografía como una fenomenología del paisaje, es en el fondo una adaptación entre unos postulados ya enunciados y una praxis que mantenía su trabajo mayoritario en el campo de lo exterior al ser humano. Una de las consecuencias primeras de la nueva visión es una radical transformación del concepto de «espacio», que desde la aproximación humanista abocará en el de «lugar» (por otra parte, palabra largamente utilizada por las geografías de adscripción antipositivista pero sin establecerla como palabra-clave hasta hace poco).

Ya los primeros desarrollos del concepto de lugar incidían, especialmente, en el conjunto de relaciones afectivas que se establecían entre los hombres y los sitios. La experiencia y el sistema de valores personal y cultural era clave en esta definición de una porción específica del espacio³¹. De hecho, el encuadre fenomenológico del nuevo concepto-clave permite una resituación del resto de tradiciones troncales de la geografía. Del espacio relativo de la geografía teórica, se vuelve a una concepción absoluta, oscilando, tal como se ha señalado recientemente, desde una explicación locacional de la geografía a una comprensión «objetual», de énfasis en la posición absoluta de aquello que da atributos a una porción de territorio³².

De forma similar, la posición central del hombre y de su interiorización del lugar da cobertura a los temas clásicos sobre el paisaje y sobre las relaciones ecológicas. El lugar ha sido caracterizado recientemente como un contexto de interacción entre naturaleza, relaciones sociales y significados y el hombre como

³¹ Ver, al respecto, Yi Fu Tuan (1977), *Space and place. The perspective of experience*, Londres, Arnold.

³² D. J. Peuquet (1988), «Representations of geographic space: Toward a conceptual synthesis», *Annals of the Association of American Geographers*, 78 (3), págs. 375-94.

agente activo³³. Acogiendo esta perspectiva de forma amplia, el tema paisajístico se ha desplazado desde una inicial formulación en la que el hombre actuaba como agente morfológico a subrayar el papel de la sociedad —de las relaciones sociales— y de la cultura —y de sus componentes ideológicos— en la transformación y aprehensión de los paisajes. Es en este sentido que la alusión anterior a un trabajo de David Harvey, y muy especialmente al capítulo que estudia el valor simbólico-político de la Basílica del Sagrado Corazón de París, puede retomarse aquí como de confluencia, quizás puntual y anecdótica, pero al fin significativa, entre las posiciones marxistas más evolucionadas y las tradiciones humanísticas.

Por otra parte, las aprehensiones ecológicas, que fundamentan desde siempre la descripción de los paisajes, cobran renovado vigor al articularse en torno al tema de las ideas (y de su historia) respecto al medio, sea éste natural o humanizado. En realidad, tan sólo puede establecerse una línea divisoria muy sutil entre el tema paisajístico y el ecológico. Ambos se sitúan, desde la aprehensión culturalista actual, en historiar el territorio, o en pensarlo, si se quieren introducir aproximaciones y trabajos de tipo sincrónico. La visión paisajística incidiría más en el producto físico de unas relaciones sociales, de unas concepciones culturales y de los significados territoriales de ambas. La visión ecológica recalcaría las ideas y concepciones de las diferentes civilizaciones respecto a la naturaleza y el artefacto. La historia de las ideas acerca del medio natural, de la relación entre hombre y medio y, sobre las concepciones éticas de la conservación junto a los estudios en clave cultural sobre el rechazo o aceptación de las transformaciones humanas —y como realización humana por excelencia, de la ciudad— constituirían, dentro de la aproximación humanística actual, una de las líneas de trabajo más solventes, desde mi apreciación personal.

Una última cuestión debe ser señalada para la comprensión de las características actuales de las visiones humanistas. Se ha afirmado con anterioridad la búsqueda en la propia tradición geográfica de los signos de identidad de la geografía humanística, y aún, anteriormente, se ha mencionado cómo una geografía de matiz antipositivista coexistió —quizás de forma mermada— junto a la geografía teórica en los años cincuenta y sesenta. Es justo mencionar, al respecto, el papel que ha jugado la línea ininterrumpida de trabajo de la geografía cultural de origen saueriano. Muchas de las ideas desarrolladas en torno al concepto actual de paisaje y a la historia de las ideas ambientales fue enriquecida y desarrollada en las primeras décadas de la segunda mitad de siglo y algunos de los practicantes de la geografía humanística reciente proceden de la escuela de

³³ R. D. Sack (1988), «El lugar y su relación con los recientes debates interdisciplinares», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 12, págs. 223-41.

Berkeley. Amén de formulaciones y adscripciones filosóficas, los proyectos de trabajo de largo alcance son los que han, finalmente, abocado en nuevos conceptos de solidez suficiente para arropar una nueva geografía epistemológicamente situada en el culturalismo.

4. SÍNTESIS

La articulación de las tradiciones geográficas a lo largo del siglo XX puede comprenderse desde la asunción de cuatro períodos y de nueve modalidades al menos (las aquí estudiadas). La figura 1 pretende esquematizar algunos rasgos *definitorios de cada una de ellas. Sintetiza lo aquí destacado de cada uno de los autores estudiados y sin ánimo de encorsetar sus complejas perspectivas, así como las de otros geógrafos que bien podrían ubicarse en las denominaciones que aquí se utilizan.*

El primer momento recoge algunas de las posiciones de rechazo de la concepción naturalista de la geografía que fue ampliamente dominante durante, al menos, el último tercio del siglo XIX, y formalizada en la aproximación ambientalista. En el caso de la ortodoxia regionalista, las tres «desviaciones» del tronco central se integran en éste, el estudio de la diferenciación areal, como partes incompletas en su caracterización aislada, pero que en su conjunto definen a la región. El espacio es el continente geográfico del cual el regionalismo se apropia sus contenidos absolutos. Las relaciones hombre-medio configuran a la geografía como una ciencia puente entre las humanidades y las ciencias naturales. *El paisaje es la parte visible (o mejor, material) del estudio regional.*

Frente a ello, la aproximación paisajística iguala los conceptos de paisaje y de región, asignándoles a ambos significados próximos (la dualidad del significado de la palabra alemana *landschaft* siempre ha sido señalada como base de tal igualación), y enmarcando el objeto de estudio de la geografía, también, en la diferenciación areal. Las relaciones entre temas clave se articula, en cambio, de manera diferente. La perspectiva ecológica es aquí central para comprender la personalidad única del objeto de estudio. De ella emana tanto la unicidad de la región/paisaje como la caracterización del espacio. El tema de las relaciones hombre-medio se desarrolla, fundamentalmente, en torno al concepto de paisaje cultural y la idea del hombre como agente morfológico, y, junto a la idea de génesis y de evolución de plazo largo, da sentido al objeto de diferenciación areal. De forma similar, el enfoque ecológico permite comprender los atributos específicos de cada territorio y, con él, cualificar y evaluar los contenidos del espacio.

La nueva adscripción de la geografía a la concepción naturalista de la

4 CULTURALISMO

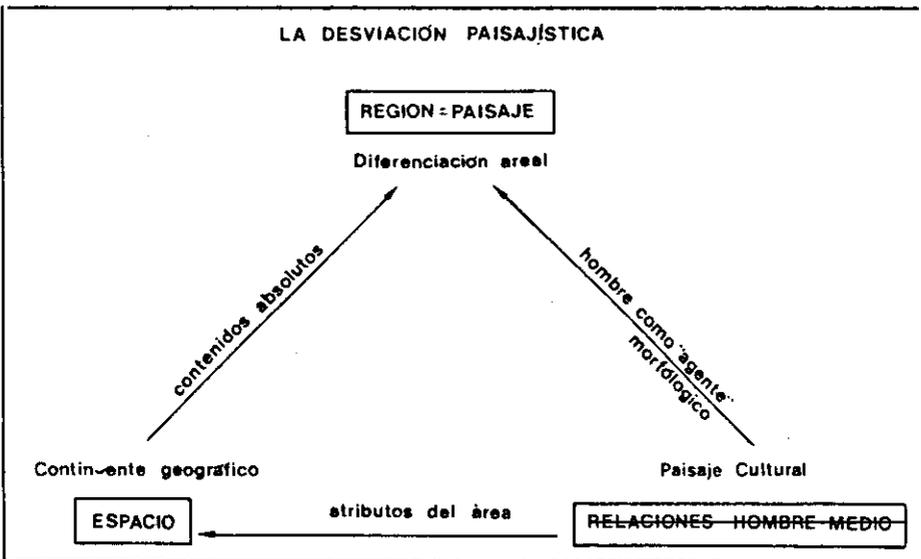
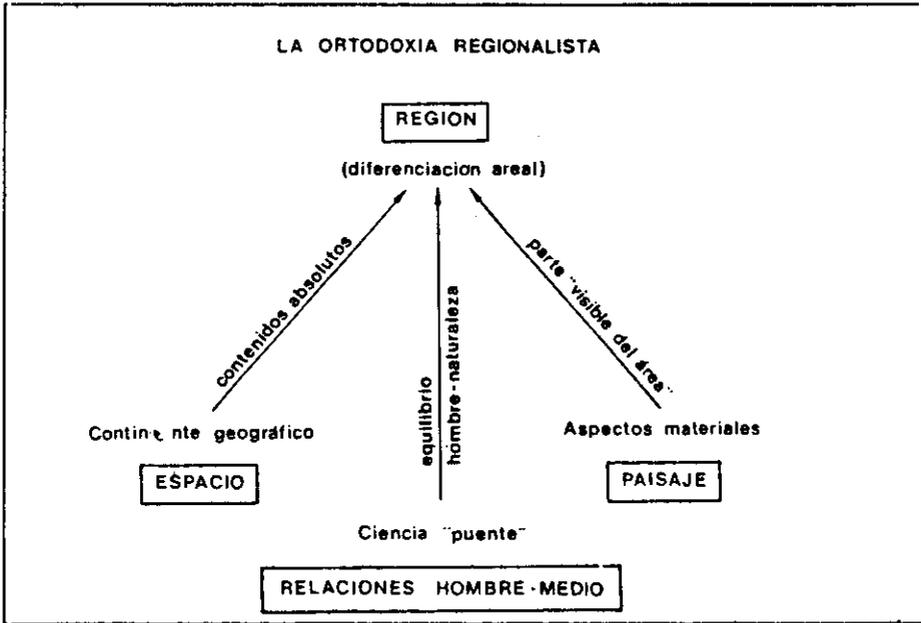


Figura 1.

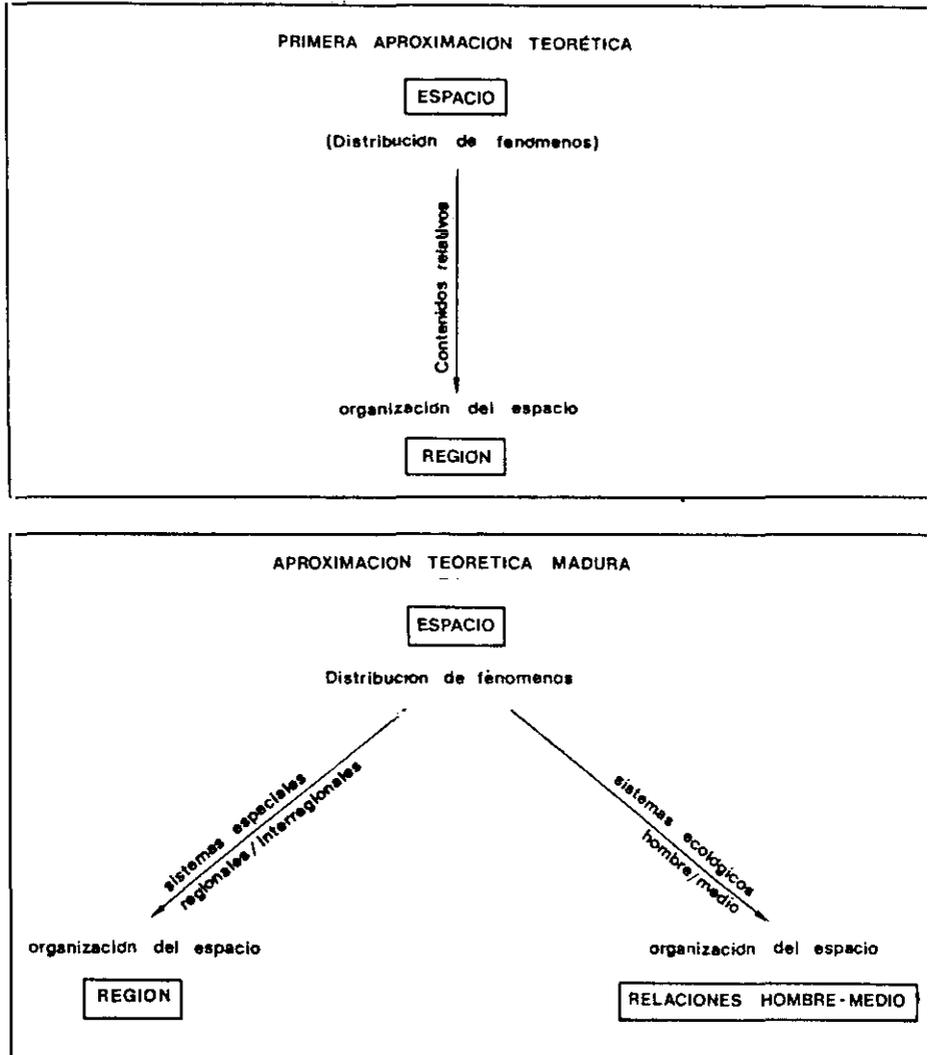
t₂ NATURALISMO

Figura 1 (continuación).

t₃ ENTRE EL NATURALISMO Y EL CULTURALISMO

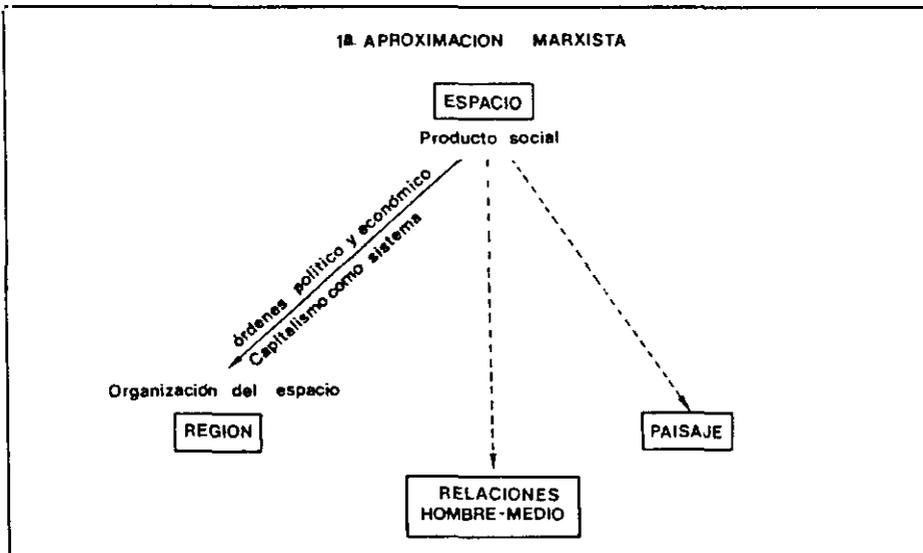
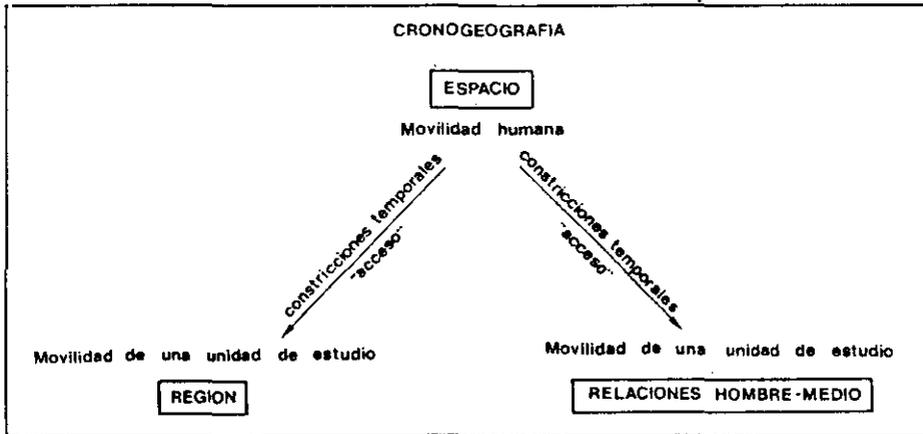


Figura 1 (continuación).

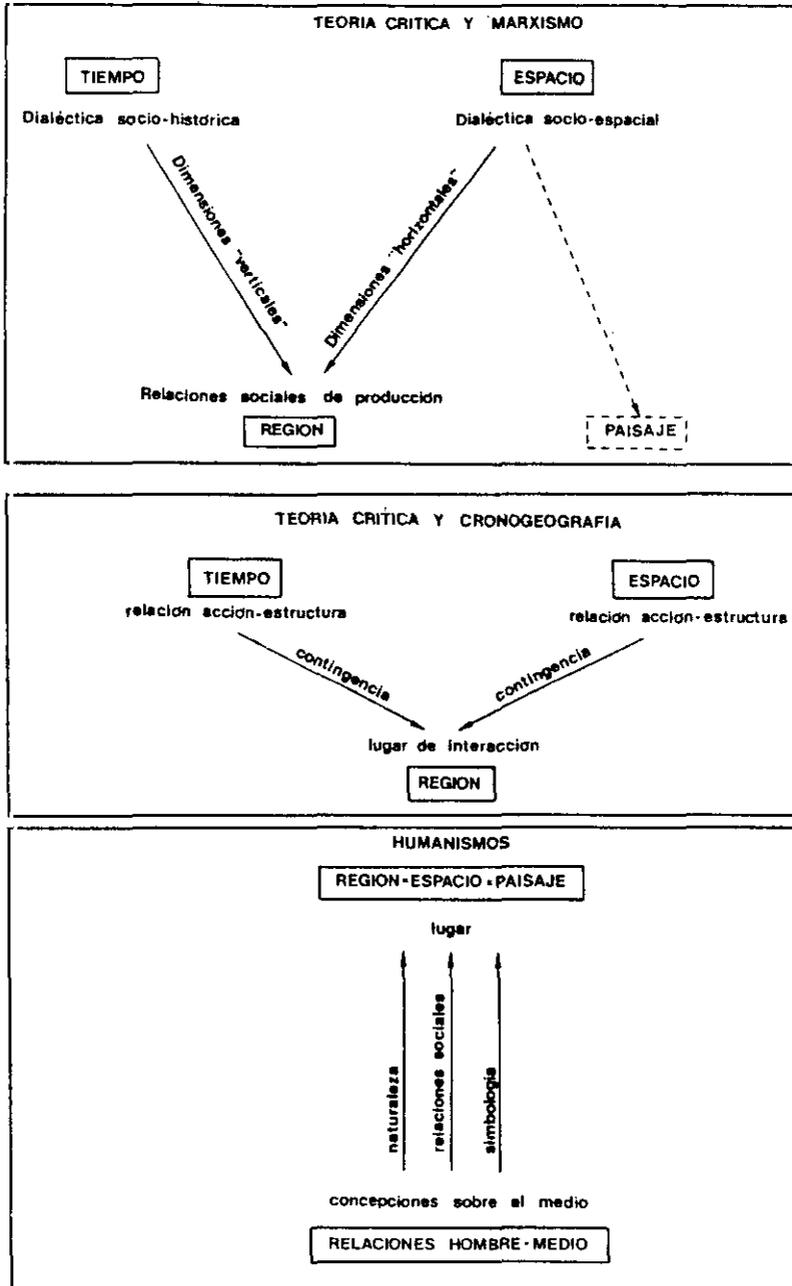
t₄ CULTURALISMO

Figura 1 (continuación).

filosofía de las ciencias sociales se apoya, en sus inicios, en una única relación de las tres planteadas por el enfoque regionalista, la que se formaliza entre espacio y región. El primero, ahora objeto principal de estudio de la geografía, se define a partir de sus atributos más genuinos y abstractos —y generalizables—. Su proyección hacia áreas concretas de la superficie terrestre apunta a la comprensión de la organización del espacio —muy marcadamente del socio-económico—, siendo ésta la función de los análisis regionales.

Muy pronto, el acercamiento al progreso de otras disciplinas sociales y, con él, la adopción de sus conceptos y métodos, permite la integración de la variable ecológica, clásica en toda la historia disciplinar. El concepto central sigue siendo el de espacio y el objeto de estudio, la distribución de fenómenos. Estos, que reflejan un orden espacial del territorio se aprehenden, desde los inicios de la década de los sesenta a partir de dos grandes sistemas: el de la articulación regional/interregional y el de la interacción entre el hombre y el medio. El primero, no difiere, substancialmente, de la proposición de la primera geografía teórica. El énfasis en los componentes abstractos del concepto espacio lleva al estudio de articulaciones entre regiones más que a la descripción regional, y ésta última se comprende, tan solo, en sus relaciones interdependientes. La interacción ecológica es entendida, sobre todo, como producto del complejo de sistemas socio-económicos que operan sobre el medio, definido, éste último, a su vez, como un complejo de sistemas ambientales³⁴.

El tercer momento detectado señala una adscripción inicial que no difiere, substancialmente, del marco naturalista en el que se inserta la geografía teórica, y ésta última, como extensión o como rechazo, supone el punto de partida. Por otra parte, las dos articulaciones de temas clave que se han analizado tienen una gran influencia en algunas de las posiciones culturalistas posteriores. De aquí que se escoja el calificativo «del naturalismo al culturalismo» para abordarlas, y con ellas, para calificar a muchas posiciones surgidas en los años setenta y en condiciones similares.

El planteamiento primero de Hägerstrand es una extensión del objeto geográfico de análisis de la distribución de los fenómenos en el espacio al que añade la idea central de estudio de la movilidad humana y muy especialmente de los individuos. Esta la entiende de forma clásica (desde las perspectivas locacionales) como, fundamentalmente, una capacidad de «acceso» a cualquier tipo de bien y, entre otras limitaciones de tipo socio-cultural, destaca las constricciones a la movilidad definidas por el elemento temporal. Las constricciones

³⁴ R. J. Chorley (1973), «La geografía como ecología humana», en R. J. Chorley, ed., *Nuevas tendencias...*, *op. cit.*, nota 25, págs. 223-47.

temporales de acceso abocan en la profundización de la organización regional e interregional y en las interacciones ambientales, sin afectar en principio, el esquema teórico espacial.

La conceptualización ejemplificada en el David Harvey marxista es muy diferente. Supone una voluntad de ruptura respecto de la geografía del «status quo», aunque el punto de partida sea ésta. La geografía harveiana sigue siendo espacial, aunque ahora el espacio tienda a definirse no según sus propiedades específicas sino como variable dependiente de la sociedad. El método inicial propuesto por nuestro autor es, según él, analítico, aunque diferenciado del positivismo. La relación inicial entre los temas clave es un ligamen simple entre el concepto de espacio como producto social y la organización concreta (las regiones, si se quiere) de este espacio. La lógica del sistema capitalista y los ordenes político y económico definidos en sus variantes históricas (modos de producción, modos «de integración económica» y, en trabajos posteriores, formaciones sociales) fundamentan la conexión entre el concepto genérico y analítico de espacio y la organización areal de éste. Se recogen, en esta resituación de temas, las conexiones posibles entre espacio y relaciones hombre-medio y también con el paisaje, aunque éstas sean débiles tanto en la formulación teórica como en su plasmación empírica. Responde ello al interés que el propio Harvey manifestó tempranamente por algún tema ambiental, a los que, por otra parte nunca ha renunciado la geografía radical³⁵. En cuanto al núcleo paisajístico, aún menos desarrollado, permítase su inclusión, al menos como ilustrador de un trabajo ya tardío del autor ya comentado³⁶. Algunas consideraciones harveianas pueden justificar, además, dichas inclusiones. Por una parte, el interés en aplicar su teoría revolucionaria a toda la geografía y, por otra, el proyecto de recoger, junto al materialismo y aspectos del positivismo, también, a la fenomenología³⁷.

El cuarto momento, el del debate actual, se ubica ya sin ambages en una posición culturalista. De las tres aproximaciones elegidas, dos consideran como concepto central el de espacio, y las dos lo completan con la consideración central del elemento temporal. La que se ha ejemplificado en Edward Soja parte de la

³⁵ D. Harvey (1974), «Población, recursos y la ideología de la ciencia», en *Geografía Radical Anglosajona. Documents d'Anàlisi Metodològic en Geografia*, 1, págs. 72-108. Acerca de la temática ambiental en geografía radical puede consultarse R. Peet, ed. (1977), *Radical Geography*, Londres, Methuen, con algunos artículos al respecto, o el monográfico de la revista *Antipode*, vol. II (2) (1979), editado por R. A. Walker.

³⁶ *Monument and myth: the building of the Basilica of Sacred Heart*, cap. 4 de *Consciousness...*, *op. cit.*, nota 22.

³⁷ Ver al respecto, «Geografía y teoría revolucionaria (I)», *Geo-crítica*, 4, 1976, págs. 14 y 15, y «Geografía y teoría revolucionaria (II)», 5, 1976, págs. 23 a 26.

«dialéctica socio-espacial» como objeto de análisis. La dimensión histórica y la dimensión geográfica de las relaciones de producción definen el lugar concreto del análisis empírico, o, en la terminología aquí empleada, la «región». Se añade, como línea aún débil, por desarrollar, los intentos recientes de aplicación de la concepción dialéctica socio-espacial a temas netamente paisajísticos³⁸.

Permítase aquí el comentario del último libro de David Harvey, que, si es correcto, permite resituar de forma bastante definitiva la perspectiva geográfica marxista en las posiciones culturalistas. En él se defiende la tesis de la existencia de conexiones entre «el orto de formas culturales postmodernistas, la emergencia de formas de acumulación de capital más flexibles y una nueva fase de "comprensión temporal-espacial" en la organización del capitalismo» que suponen un cambio de dirección superficial más que la emergencia de una nueva sociedad postcapitalista³⁹. La superficialidad del cambio y la continuidad esencial del capitalismo la aprehende el autor a partir de un repaso a las ideas —de la modernidad a la postmodernidad— a la política económica —del «fordismo» a la acumulación flexible— y a las relaciones «temporal-espaciales» desde la Ilustración a la condición postmoderna. Su ambicioso proyecto le lleva a considerar paisajes urbanos y conciencias y experiencias individuales y de clase del tiempo y del espacio, junto a revisiones de la evolución de la economía mundial. Todo ello permite situar al nuevo Harvey marxista en parámetros similares a los señalados para los otros autores comentados: la vigencia del marxismo —y su frescura de análisis— depende de la interpretación de la teoría a la luz de la historia, por una parte, y de la inclusión de la variable espacio-temporal como elemento, a la vez, de diferenciación regional y de articulación mundial.

La conexión de temas-clave según la teoría crítica de raíz giddieniana es muy similar, y no es casualidad que autores adscritos a esta perspectiva frecuenten con los de la anterior su participación en publicaciones⁴⁰. La «dialéctica socio-espacial» es sustituida aquí por la conjunción «acción-estructura», elemento teórico central de caracterización del tiempo y del espacio. El énfasis en la contingencia

³⁸ Especialmente los trabajos recientes de P. L. Knox: (1987), «The social production of the built environment: architekts, architecture and the post-Modern city», *Progress in Human Geography*, 11, págs. 354-78, y (en prensa), *The restless urban landscape: economic and socio-cultural change and the transformation of Washington D.C.*, con presentación oral a la International Conference on Urban Landscape (Birmingham, 9 y 10 Julio 1990).

³⁹ D. Harvey (1989), *The condition of postmodernity*, Cambridge, Basil Blackwell, pág. VII.

⁴⁰ Ver, al respecto, D. Gregory, J. Urry, eds., *op. cit.*, nota 24, con aportaciones de autores de ambas tradiciones.

de los procesos sociales aboca en esta concreción histórico-geográfica de interés empírico que se asimila aquí a la región.

Respecto a la caracterización humanística, que bien podría haberse situado, en su surgimiento, algunos años atrás, se ha resaltado ya su deuda directa, en la aproximación y en la selección de temas, con las tradiciones de cariz regionalista más antiguas de la geografía, y especialmente con el tema paisajístico y la geografía cultural. Se parte aquí de la relevancia de la definición fenomenológica de la disciplina para apuntar un tema clave articulador, el de las relaciones hombre-medio entendidas como la conexión entre mundo exterior y consciencia. Creo que aquí, el concepto de lugar y su caracterización como conjunción entre naturaleza, relaciones sociales y símbolo permite asimilar, al fin, los otros tres conceptos articuladores (región, espacio y paisaje), siendo éstos objeto de estudio empírico diferente (según la preferencia de los autores) pero al que se llega por caminos muy similares.

Quedaría, finalmente, ensayar una descripción global de la evolución sumariada relacionando, por una parte, su ubicación en la filosofía de las ciencias sociales y, por otra, el trasvase de conceptos clave de uno a otro de los enfoques considerados. Aquí se parte de dos asunciones que han sido señaladas en un trabajo antes citado⁴¹: de una parte, el interés en considerar, además de revoluciones y cambios, la permeabilidad y continuidad de conceptos que dan cuerpo a la disciplina geográfica; en segundo lugar, la pertinencia del enfoque dual en filosofía de las ciencias sociales siempre y cuando la indagación asuma dicha permeabilidad. La figura 2 sugiere la argumentación siguiente.

La reorganización de los temas-clave de la ortodoxia regionalista desde la primera geografía teórica supone, por una parte, un cambio revolucionario desde el punto de vista de la filosofía de las ciencias sociales, aunque también una continuidad básica de la tradición temática de la disciplina. Esta estaba ya significativamente centrada en los años treinta y cuarenta en los Estados Unidos en el tema espacial y en la ruptura entre geografía física y geografía humana. Probablemente, un análisis histórico detallado sugeriría una etapa de transición (como la que se ha apuntado aquí para los años setenta) en la que la concepción espacial se abriría camino. La crítica de Sauer a Hartshorne antes apuntada serviría para enmarcar el momento, así como el triunfo del concepto de región funcional y con ella la primacía del análisis regional. Joan Vilà señala, al respecto, los trabajos tempranos —de los años treinta— de Dickinson y los trabajos posteriores de Harris y Ullman sobre clasificación funcional de las ciudades o sobre la revaluación crítica de las teorías de Christaller⁴². Por otra parte,

⁴¹ J. Gómez Mendoza, *op. cit.*, nota 2.

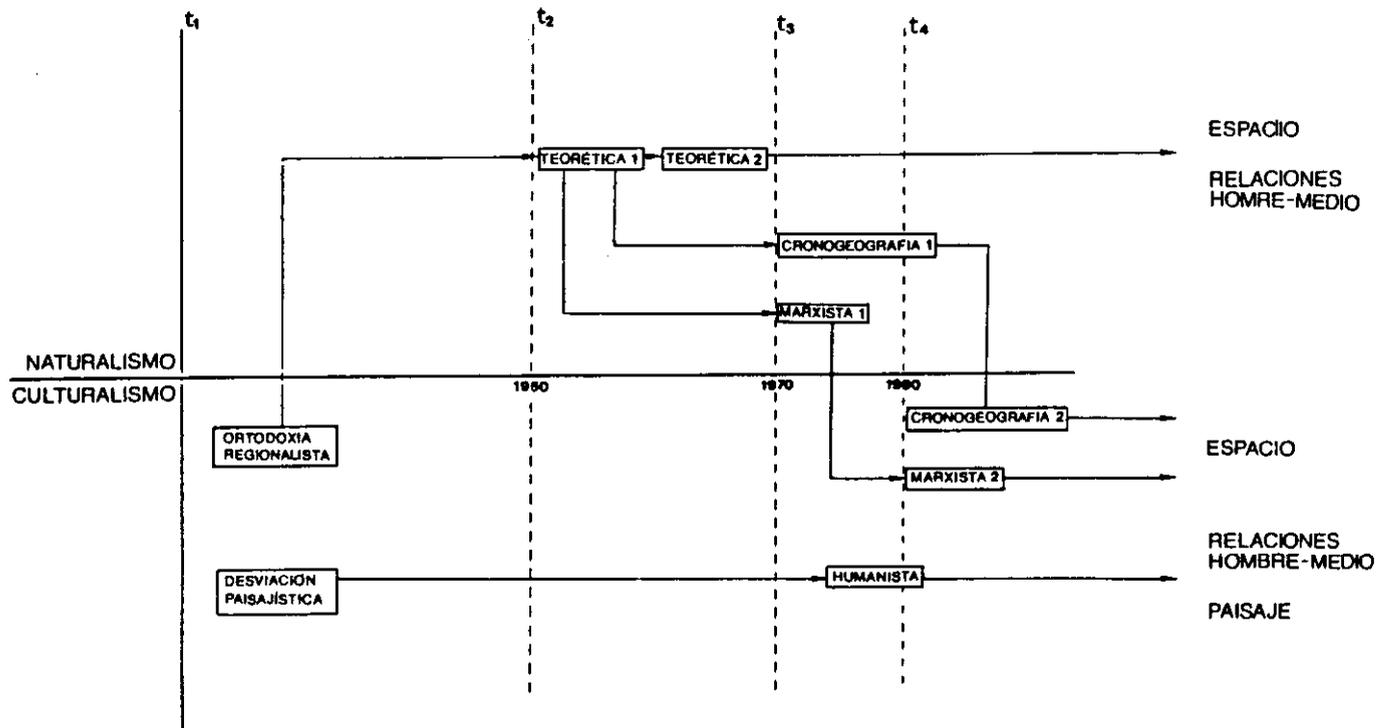


Figura 2.

la génesis de la revolución cuantitativa ha sido explorada, en el mismo sentido, para algún núcleo universitario norteamericano relevante en el proceso de cambio de las perspectivas de la geografía⁴³. El temprano desplazamiento hacia lo espacial explicaría, también, la incomunicación entre la escuela de Berkeley y la parte mayoritaria de la geografía norteamericana, que quedará perfectamente definida a partir del decenio de los cincuenta. La aproximación teórica más madura, apoyándose en el progreso de la ampliación del conocimiento general y disciplinar, procede a la inclusión de otro de los temas clave de la tradición geográfica, el ecológico, configurándose, desde los años sesenta, lo que son hoy las perspectivas de estudio de la concepción naturalista de la geografía.

Si antes se ha apuntado un período de transición en el que permeabilidad conceptual se combina con ruptura epistemológica en la definición de la aproximación teórica, ahora puede marcarse, para los años setenta, un proceso de tipo similar: el tema espacial sigue siendo el central en las corrientes de extensión o de crítica de la geografía naturalista y lo que inicialmente pretende integrarse en una perspectiva epistemológica analítica aboca, en pocos años, en una resituación de tipo culturalista y humanista, al plasmarse, el espacio de los críticos y el de los marxistas, con atributos eminentemente históricos. Es, parafraseando a Lenin, el análisis (?) concreto de la situación concreta. Junto a la oscilación pendular del concepto de espacio, la línea de continuidad temática y epistemológica de lo que se ha llamado aquí «desviación» paisajística completa los temas claves de la geografía de carácter culturalista.

Una última cuestión, ¿Qué pasa con el concepto de región? Este, sin aparecer en el esquema propuesto de forma explícita se considera presente en las dos perspectivas epistemológicas de forma implícita. En la naturalista, al ser una herramienta central del análisis empírico de la distribución de fenómenos geográficos; en la culturalista, al continuar siendo, el elemento diferencial, la diferenciación areal, una aceptación lógica de la confluencia, en el tiempo y en el espacio, de procesos sociales y humanos específicos.

⁴² J. Vilà Valenti (1971), «¿Una nueva geografía?», *Revista de Geografia*, V, págs. 5-38.

⁴³ T. F. Glick (1985), «Antes de la revolución cuantitativa: Edward Ullman y la crisis de la geografía en Harvard (1949-50)», *Geo-crítica*, 55.

RESUMEN

Este artículo es un corto ensayo sobre la reciente historia de la geografía. Se pretende presentar la evolución de la disciplina como resultado, por una parte, de una posición epistemológica dual desde la perspectiva de la filosofía de la ciencia y, por otra parte, de la persistencia de unos conceptos clave que la han definido permanentemente. Se consideran cuatro puntos de vista articuladores: el corográfico, el espacial, el ecológico y el paisajístico, a los que corresponderían los conceptos de región, distribución/localización, relaciones hombre-medio y paisaje. Se concluye subrayando la vigencia de estas cuatro opciones de examen de la realidad dentro de los dos grandes puntos de vista, el naturalista y el culturalista.

ABSTRACT

This article is a brief essay on Geography's recent history. It presents Geography's evolution as the product, on one hand, of a dual epistemological posture from the point of view of science philosophy, and on the other, of the continuity of some key-concepts that have always defined the discipline. The article analyzes four articulating approaches: corographical, spatial, ecological and landscape. These approaches answer to the concepts of region, distribution/localization, man-environment relations and landscape.

RESUME

Cet article est un court essai sur la récente histoire de la géographie. On essaie de présenter l'évolution de la discipline comme résultat, d'une part, d'un positionnement épistémologique duel du point de la vue de la science, et d'une autre, de la persistance des concepts clé qui l'ont définie de manière permanente. On considère quatre points de vue articulateurs: celui de la corographie, celui de l'espace, celui de l'écologie et celui du paysage, qui se correspondent aux concepts de région, distribution/localisation, rapports homme/moyen et paysage. L'article finit en signalant l'actualité de ces quatres concepts à l'interieur de deux grands points de vue, le naturalisme et le culturalisme.